

que no correspondia lo femenino de su belleza á la opinion que tenia de valor, por usar á estilo de los Medos de afeites para el rostro, y llevar arreglado el cabello; cuando los demas Partos para hacerse mas terribles dejan que este crezca á lo Escita desordenadamente. Su primera intencion era acometer con las lanzas, y poner en desorden las primeras filas; pero cuando vieron el fondo de la formacion y la firmeza é inmovilidad de los soldados Romanos retrocedieron; y pareciendo que aquello era desbandarse y perder el orden, no se echó de ver que de lo que trataban era de envolver el cuadro. Asi Craso mandó á las tropas ligeras que corriesen en pos de ellos; pero estas no fue mucho lo que se retiraron, sino que acosadas y molestadas de las saetas, volvieron á ponerse bajo la proteccion de la infantería de línea, siendo las primeras que causaron alguna conmocion y miedo en los que ya habian visto el temple y fuerza de unas saetas que destrozaban las armas, y que pasaban todas las defensas, por mas resistencia que tuviesen. Los Partos, separándose algun tanto, empezaron á tirarles por todas partes sin cuidadosa puntería, porque la union y apiñamiento de los Romanos no les dejaban errar, aun cuando quisiesen, causando heridas graves y profundas; como que aquellos tiros partian de arcos grandes y fuertes, que por lo vuelto de su curvatura despedian la saeta con la mayor fuerza. Era por tanto terrible la suerte de los Romanos, pues si permanecian en aquella formacion, recibian crueles heridas, y si intentaban moverse unidos, perdian el poder hacer lo que hacian en su defensa, y padecian lo mismo: por cuanto los Partos se retiraban delante de ellos, tirando siempre; lo que despues de los Escitas ejecutan con suma destreza. Y en esto obran con la mayor sabiduría, pues que con defender su vida huyendo, quitan á la fuga lo que tiene de vergonzosa.

Mientras esperaron que agotadas las saetas desistirian de aquel modo de pelear, ó vendrian á las manos, tuvieron constancia; pero cuando supieron que habia infinidad de camellos cargados de ellas, á los que corrian los que estaban mas cerca, y las tomaban para repartir, entonces Craso, no viendo el término de aquel triste estado, llegó á acobardarse; y enviando ayudantes á su hijo, le dió orden de que viera cómo precisar á los enemigos á entrar en combate antes de ser envuelto; porque una de las partidas enemigas principalmente cargaba sobre este, y le andaba al rededor, como para ponerse á la espalda. Tomando pues aquel joven mil y trescientos caballos, de los cuales los mil eran los de César, quinientos arqueros y ocho cohortes de infantería de las que tenia mas á la mano, acometió impetuosamente con estas fuerzas. Los Partos que mas se habian adelantado, ó porque los hubiesen alcanzado estas tropas como dicen algunos, ó porque quisiesen llevar con maña al joven Craso lejos del padre, volvieron grupa, y dieron á huir. Entonces alzando aquel el grito exclamó: los enemigos huyen, y aceleró el paso y con el Censorino y Megabaco^r, sobresaliente este en grandeza de ánimo y en fuerzas corporales, y adornado aquel con la dignidad senatoria y con el dote de la elocuencia, amigos ambos de Craso y de su misma edad. Como hubiesen pues movido en la forma dicha los de á caballo, resplandeció tambien en la infantería la decision y gozo de la esperanza; porque creian haber vencido, y que iban en persecucion de los enemigos; hasta que á pocos pasos salieron de su engaño, por haber dado la vuelta los que pareció antes que huian, y con ellos mucho ma-

^r Aqui conovidamente hay yerro, porque este nombre no es Romano; pero se ignora cual fuese el de este joven.

por número que se les había reunido. Entonces se pararon creyendo que los enemigos les acometerían, al ver que eran tan pocos; pero estos lo que hicieron fue formar al frente de los Romanos á los coraceros; y corriendo con la demas caballería al rededor de ellos moviendo grande alboroto, revolvieron los montones de arena, y levantaron una densa polvareda, de manera que los Romanos no podían verse ni articular palabra; y encerrados en estrecho recinto, apiñados unos sobre otros, recibían crudas heridas y una muerte no suave y pronta, sino entre convulsiones y acerbos dolores, revolcándose con las saetas, y encrudeciendo las heridas, ó despedazándose y destruyéndose á sí mismos, si querían sacar las puntas con anzuelo, que habían dilacerado las venas y los nervios. Recibiendo muchos de esta manera la muerte, aun los que quedaban con vida, estaban sin acción para nada: así es que animándolos Publio para que acometiesen á los coraceros, le mostraron las manos pegadas á los escudos y los pies clavados en tierra, en términos que estaban del todo imposibilitados, tanto para huir como para defenderse. Entonces dirigiéndose á los de caballería, acometió con vigor y trabó pelea con los enemigos; mas esta era desigual en el herir y en el protegerse, hiriendo con azconas cortas y débiles en corazas de piel y de hierro; y siendo heridos con lanzas robustas los cuerpos ligeros y desnudos de los Galos. Porque en estos confiaba principalmente, y con ellos obró maravillas; pues agarraban con las manos los astiles de las lanzas y trabando de los ginetes, los arrojaban de los caballos, dejándolos, por lo pesado de la armadura, sin poder moverse. Muchos saltando de sus caballos se metían debajo de los caballos enemigos, y los atravesaban por los ijares: tiraban estos botes en fuerza del dolor, y pisoteando á un tiempo á los ginetes y á sus contrarios, unos

y otros morían juntos cubiertos de tierra y de basura. Lo que principalmente quebrantó á los Galos fue el calor y la sed, á que no estaban acostumbrados; y ademas habían perdido la mayor parte de los caballos, á causa de que ellos mismos se metían por las lanzas enemigas. Viéronse por tanto en la precisión de haber de acogerse á la infantería, teniendo ya á Publio por sus muchas heridas en el mas deplorable estado; y como advirtiesen cerca un alto monton de arena, corrieron á él, colocaron en medio los caballos, y cubriéndose con los escudos como en una trinchera, creyeron que podrian así defenderse mejor de los bárbaros; mas sucedióles lo contrario. Porque en el terreno llano, los primeros protegen á los que estan á la espalda; pero allí por la desigualdad del sitio los unos estaban mas altos que los otros, y quedando todos al descubierto, no podían evitar los tiros, sino que á todos se dirigian del mismo modo, lamentándose de una muerte sin gloria y sin desquite alguno. Hallábanse con Publio dos Griegos establecidos en aquel pais en la ciudad de Carras, llamados Geronico y Nicomaco: persuadíanle que se retirara con ellos y huyera á Iena, ciudad que seguía el partido de los Romanos, y estaba de allí á corta distancia; mas respondiéndoles que ninguna muerte por mas cruel que fuese podría hacer que Publio abandonara á los que morían por él, les rogó que se salvaran, y alargándoles la diestra, los despidió. Entonces no pudiendo valerse de su propia mano, porque la tenía atravesada con una flecha, mandó á su escudero que lo pasara con la espada, presentándole el costado. Dicese que Censorino murió de la misma manera; pero Megabaco se dió á sí mismo la muerte, y otro tanto ejecutaron los mas principales y esforzados. A los demas que quedaron, subiendo los Partos al terreno, los pasaron en pelea con las lanzas: no habiendo tomado vivos, segun se dice,

arriba de quinientos. Cortáronle á Publio la cabeza y marcharon al punto en busca de Craso.

El estado de este era el siguiente. Luego que dió al hijo la orden de acometer á los Partos, como alguno le anunciase que estos iban en derrota, y que se les perseguia con teson, y viese que los que contra sí tenia no obraban como antes, porque la mayor parte habia marchado con los que huyeron, se alentó algun tanto, y reuniendo sus tropas, las situó en puestos ventajosos, esperando allí que el hijo volviese de seguir el alcance. Publio luego que se vió en peligro envió quien avisase al padre; pero los primeros mensajeros perecieron. De los últimos algunos que con dificultad escaparon, le trajeron la nueva de que Publio era perdido sino se le daba pronto y grande socorro. Combatieron á un tiempo muchos afectos el corazon de Craso: asi ya no obró en él la razon, é impelido ora del miedo, ora del deseo del hijo para darle el socorro que pedia, se resolvió por fin á mover el ejército. En esto aparecieron los enemigos mucho mas terribles en su gritería y en sus cantos, aturdiendo otra vez con el ruido de sus tímpanos á los Romanos, que esperaron con esto el principio de otra batalla. Los que traian la cabeza de Publio clavada en la punta de una pica, acercándose mas que los otros, la mostraban preguntando con escarnio por sus padres y su linage; pues no parecia posible que Craso, hombre el mas cobarde y el mas perverso, fuera padre de un jóven tan valiente y de tan acendrada virtud. Este espectáculo fue el que mas que cuantos males habian pasado quebrantó y desconcertó los ánimos de los Romanos, concibiendo todos, no ira y deseo de venganza, que era lo que el caso pedia, sino un indecible terror y espanto. Dícese que entonces Craso, en medio de tan vehemente dolor, se mostró muy superior á sí mismo: por que corriendo las filas habló de este modo á los sol-

dados: „este luto, ó Romanos, es privadamente mio; „pero la eminente fortuna y gloria de Roma intacta é ilesa permanece en vosotros, á quienes veo sal- „vos. Si alguna compasion teneis de mí por la pérdida de mi virtuoso hijo, manifestadla en vuestro „enojo contra los enemigos. Arrebatadles de las manos ese gozo, vengaos de su crueldad. No os abata lo sucedido: porque no puede ser que dejen de „tener que sufrir y padecer los que acometen grandes empresas. Ni Luculo derrotó sin sangre á Tigranes, ni Escipion á Antioco. Nuestros antepasados perdieron en Sicilia mil naves, y en la Italia „muchos Emperadores y Pretores; pero no impidieron las derrotas de estos, que al cabo triunfaron de los vencedores: pues que la brillante prosperidad de Roma no ha llegado á tanta altura por „su buena suerte, sino por la constancia y virtud „de los que no rehusaron los peligros.”

Este fue el lenguaje que les tuvo Craso, y de este modo procuró alentarlos; pero vió que pocos le escuchaban con buen semblante; y habiéndoles mandado dar el grito de guerra, se desengañó aun mas acerca de su abatimiento: porque aquel fue débil, apocado y desigual; cuando el de los bárbaros fue claro y esforzado. Venidos á la contienda, la caballería de estos, haciendo un movimiento oblicuo, comenzó á lanzar saetas; y los coraceros, usando de las lanzas, redujeron á los Romanos á un recinto estrecho, á excepcion de aquellos que por huir de la muerte que los tiros causaban, prefirieron arrojarse desesperadamente sobre estos, haciendo á la verdad poco daño; pero encontrando una muerte pronta por medio de heridas grandes y profundas, dadas por hombres que con el empuje de sus robustos astiles, pasaban con el hierro á los que se les ponian delante, y aun muchas veces atravesaban á dos de un golpe. Peleando de esta manera sobrevino la noche, y se

retiraron, diciendo que de gracia concedian á Craso una noche para llorar á su hijo; á no que lo pensara mejor, y por sí mismo se fuera á presentar á Arsaces, en lugar de ser llevado. Pusieron alli cerca su campo, alentados de grandes esperanzas; pero para los Romanos la noche fue terrible, no haciendo cuenta de dar sepultura á los muertos, ni de prestar auxilios á los heridos y moribundos; sino que cada uno se lamentaba por sí mismo, teniéndose por perdidos, bien esperaran alli el dia, ó bien se lanzaran por la noche en aquel vasto desierto. Eranles gran motivo de irresolucion los heridos; pues si determinaban llevarlos, serian un estorbo para la prontitud de la marcha, y si los dejaban, con sus gritos darian indicio de la partida; y aunque conocian que Craso era la causa de todo, sin embargo deseaban verle y oír su voz. Mas él se habia retirado solo, y yacia en las tinieblas, cubierta la cabeza con su ropa: ejemplo para los mas de las mudanzas de fortuna; pero para los hombres prudentes de temeridad y de ambicion, por las que no estaba contento con no ser el primero y el mayor entre tantos millones de hombres, sino que le parecia que todo le faltaba, porque tenia el último lugar respecto de dos solos. Entonces el legado Octavio y Casio trataron de consolarle y darle aliento; pero cuando vieron que del todo estaba desanimado, reunieron á los Tribunos y Centuriones, y habiendo convenido en que no debian quedar alli, movieron el ejército sin toque de trompetas, y con mucho silencio al principio; pero cuando los imposibilitados de seguir percibieron que se les abandonaba, fue terrible el desorden y la confusion que entre sollozos y lamentos se apoderó del campo. Despues cuando ya estaban en marcha les sobrevino nueva turbacion y terror, creyendo que se acercaban los enemigos: muchas veces retrocedian; otras muchas tomaban el or-

den de formacion; y de los heridos que los seguian, ya poniendo en los bagages á unos y ya bajando á otros, fue larga la detencion que tuvieron; á excepcion de trescientos de caballeria mandados por Gnaicio, que arribaron á Carras como á la media noche. Habló este á los centinelas en lengua Romana; y como le hubiesen entendido, les encargó digieran á su Comandante Coponio que Craso habia tenido una grande batalla con los Partos; y sin decir mas, ni descubrir quién era, se apresuró á llegar al puente, y salvó aquella tropa; mas fue muy vituperado por haber abandonado á su General. Con todo aprovechó á Craso aquella ligera expresion suya referida á Coponio; porque conjeturando este que lo breve y cortado del anuncio no era de quien traia buenas nuevas, mandó inmediatamente á los soldados tomar las armas; y luego que se informó de que Craso estaba en camino, salió á recibirle, y acompañó á su ejército hasta la ciudad.

Los Partos, aunque por la noche sintieron su partida, no los persiguieron; pero á la mañana, pasando al campamento, acabaron con los que en él habian quedado, que no bajarían de cuatro mil; y á muchos que se habian perdido por aquellas llanuras, les dieron alcance partidas de caballeria. A cuatro cohortes que el legado Vargunteyo habia separado del cuerpo del ejército, y que habian errado el camino, las sorprendieron en un collado; y sin embargo de que se defendieron con valor, no pudieron evitar el ser pasadas á cuchillo, á excepcion solamente de veinte hombres: pues maravillados de que estos con sus espadas trataran de abrirse camino entre ellos, se abstuvieron de herirlos, y les permitieron que sin ofensa se retiraran á Carras. Diósele á Surena un aviso falso, diciéndosele que Craso habia huido con los principales, y que la muchedumbre que se habia refugiado á Carras, era una mezcla de hombres

de quienes no se debía hacer ninguna cuenta. Creyó pues haber perdido el blanco principal de su victoria; mas dudoso todavía, y deseando informarse de lo cierto para sitiar á Craso si allí estaba, ó perseguirle en otro caso sin detenerse con los de Cartras, envió á esta ciudad uno de los que estaban con él que sabia ambos idiomas, dándole orden de que en lengua romana llamara al mismo Craso ó á Casio, manifestando que Surena venia á tratar con ellos. Dijo este como se le habia mandado, y luego que se dió parte á Craso, aceptó la convocacion. Al cabo de poco vinieron asimismo de parte de los bárbaros unos Arabes, que conocian de vista á Craso y á Casio, por haber estado con ellos en el campamento antes de la batalla; y estos viendo á Casio sobre la muralla, le dijeron que Surena estaba dispuesto á tratar de paz, y les concedia ir salvos, con tal que admitieran la amistad del Rey y abandonar la Mesopotamia; porque consideraba que esto era lo que á unos y á otros convenia mas que llegar á los últimos extremos. Admitiendo la proposicion Casio, y diciéndoles que deseaba se determinara el lugar y tiempo en que Craso y Surena tendrian su entrevista, prometieron que asi lo harian, y marcharon.

Contento Surena con tenerlos sujetos á un sitio, al dia siguiente condujo alla sus tropas, las que desmandándose en injurias contra los Romanos, llegaron á proponerles que si querian alcanzar capitulacion les habian de entregar atados á Craso y á Casio. Indignáronse de verse asi engañados, y diciendo á Craso que era necesario dar de mano á las vanas y largas esperanzas de los Armenios, se decidieron por la fuga. Era muy importante que ninguno de los carreños lo supiese antes de tiempo; pero justamente lo supo Andromaco, hombre entre todos el mas infiel y desleal, á quien Craso confió este secreto, valiéndose de él para que los guiase. Asi nada ignoraron

los Partos, porque Andromaco se lo refirió todo punto por punto. Mas como sus costumbres patrias se opusiesen á que pelearan de noche, ni esto ademas les fuese facil, habiendo de partir Craso de noche, para que aquellos no se atrasaran mucho en su persecucion, discurrió Andromaco la traza de tomar ahora un camino y luego otro, hasta que por último los condujo á un terreno pantanoso y cortado con frecuentes acequias, que hacian la marcha penosa y tarda para los que aun se dejaban guiar de él: pues hubo algunos que conociendo que Andromaco no podia hacerles dar aquellos rodeos y vueltas con buen fin, no quisieron seguirle; sino que Casio se volvió otra vez á Carras, y diciéndole sus guias, que eran unos Arabes, ser conveniente esperar á que la luna pasara del escorpion: pues yo, les respondió, mas temo al sagitario; y se encaminó á la Siria con unos quinientos caballos. Otros, que tambien tuvieron fieles conductores, arribaron á las montañas llamadas Sinacas, y se pusieron en seguridad antes del dia. Eran estos cerca de cinco mil, y estaba al frente de ellos Octavio, varon de singular probidad. A Craso le cogió el dia engañado todavía de Andromaco y detenido entre acequias y pantanos. Tenia consigo cuatro cohortes de legionarios, muy pocos caballos y cinco lictores; con los cuales salió al fin con mil trabajos al buen camino cuando ya tenia encima á los enemigos. Faltábanle solo doce estadios para unirse con las tropas de Octavio; pero tuvo que refugiarse á otro montecillo no tan inaccesible á la caballería ni tan seguro, aunque enlazado con las mismas montañas Sinacas, de las que solo le dividia una serie de collados, que desde la llanura se extendian hasta aquellas: asi las tropas de Octavio podian muy bien observar el peligro en que se hallaba. Octavio fue el primero que bajó con unos pocos á darle auxilio: despues partieron los demas avergonzados de

su detencion; y cargando á los enemigos, los rechazaron del montecillo. Cogieron luego en medio á Craso, y protegiéndole con sus escudos, dijeron con firmeza y resolución que no tendrían los Partos saeta ninguna que penetrase hasta su Emperador, sin que primero murieran todos peleando por defenderle.

Viendo pues Surena que los Partos se batían ya con menos ardor, y que si venía la noche y los Romanos se metían mas en los montes, le sería imposible darles alcance, armó á Craso otro engaño. Dejó ir libres á algunos cautivos, ante quienes hizo de intento que unos bárbaros se dijeran á otros en el campamento que el Rey no quería que la guerra con los Romanos fuese perpetua; y daría pruebas de estar pronto á restablecer la amistad con el obsequio de tratar humanamente á Craso. Abstuvieronse por tanto los Partos de combatir, y marchando sosegadamente Surena hácia el collado con los principales de su ejército, quitó la cuerda al arco y alargó la diestra, llamando á Craso á conferenciar con él, y diciendo en alta voz que el Rey había hecho muestra muy contra su voluntad de su valor y su poder; pero que deseando manifestarles también su dulzura y benevolencia, les dejaría ir libres y salvos por medio de un tratado. Al decir esto Surena, los demás le escucharon muy placenteros, y se mostraban sumamente contentos; pero Craso, que no había habido nada en que no hubiese sido engañado, y que extrañaba mucho tan repentina mudanza, no se prestó á esta invitación, sino que se paró á reflexionar. Mas como los soldados empezasen á gritar y á decirle que fuese, y después pasasen á insultarle y echarle en cara que á ellos los ponía á pelear con unos hombres con quienes ni aun desarmados quería tener una conferencia, tentó primero el medio del ruego, diciéndoles que aguantaran lo que restaba del

dia, y por la noche podrían libremente marchar por aquellas montañas y aquellas asperezas, mostrándoles el camino, y exhortándolos á que no perdieran la esperanza de una salud que tenían tan cerca; pero viendo que todavía se le oponían, y que blandiendo las armas le amenazaban, por miedo hubo de partir sin decir mas que estas palabras: «vosotros «Octavio, Petronio y todos los caudillos Romanos «que estais presentes, sois testigos de la necesidad «de esta partida, y sabeis por qué cosas tan violentas y afrentosas se me hace pasar; mas con todo, si llegáis á salvaros, decid ante todos los hombres que Craso pereció engañado de los enemigos, «no entregado á la muerte por sus ciudadanos.»

No pudo contenerse Octavio, sino que bajó del collado con Craso; quien despidió á los lictores que también le seguían. De los bárbaros los primeros que salieron á recibirle fueron dos Griegos mestizos, que le hicieron acatamiento apeándose de los caballos; y saludándole en lengua Griega, le propusieron que enviara personas que vieran como Surena y los que traía consigo venían sin armas de ninguna especie; mas Craso les respondió que si tuviera en algo la vida, no habría venido á ponerse en sus manos. Con todo envió á dos hermanos llamados Roscios á informarse de cuántos eran los que venían, y con qué objeto. Surena al punto les echó mano y los detuvo, siguiendo á caballo con los principales de los suyos; y ¿cómo es esto, gritó, un Emperador de los Romanos viene á pie y nosotros montados? mandando que sin dilación le trajesen un caballo. Contestándole Craso que ni uno ni otro faltaban, concurriendo cada uno según la costumbre de su patria, dijo entonces Surena que ya estaba hecho el tratado y la paz entre el Rey Hirodes y los Romanos; pero que habían de escribirse las condiciones, llegando para ello hasta el río: porque vosotros los Romanos, dijo,

no soleis acordaros de los convenios; y le alargó la mano. Mandó entonces Craso que le trajeran un caballo; á lo que repuso: no es menester, porque el Rey te da este; y al mismo tiempo le presentaron un caballo con jaez de oro, en el que cogiéndole en volandas, le pusieron los palafreneros, y empezaron á dar latigazos al caballo para hacerle marchar precipitadamente. Octavio fue el primero que asió del freno, y despues de él Petronio, uno de los Tribunos, cercándole en seguida los demas y procurando todos contener el caballo, y retirar á los que por uno y otro lado querian á fuerza llevarse á Craso. Suscitándose con esto confusion y alboroto, vínose al fin á los golpes, y desenvainando Octavio su espada, atravesó á uno de aquellos palafreneros; haciendo otro tanto con Octavio uno de ellos que se hallaba á su espalda. Petronio no se encontró con armas; y habiendo recibido un golpe que no pasó de la coraza, saltó ileso del caballo. A Craso le quitó la vida un Parto llamado Pomaxitres; aunque algunos dicen haber sido otro el que le mató, y que este fue el que despues de caido le cortó la cabeza y la mano derecha; cosas que pueden muy bien conjeturarse, pero no saberse de cierto, porque de los que se hallaron presentes y pelearon en defensa de Craso, los unos murieron alli, y los otros á toda priesa se retiraron al collado. Pasaron allá los Partos, y diciendo que Craso ya habia sufrido su castigo; pero respecto de los demas manifestaba Surena que podian bajar con seguridad: unos bajaron efectivamente y se entregaron; y otros se dispersaron por la noche; de los cuales fueron muy pocos los que se salvaron, y á los restantes salieron á cazarlos los Arabes, y alcanzándolos, les dieron muerte. De todas aquellas tropas veinte mil hombres se dice que murieron, y que diez mil fueron tomados cautivos.

Surena envió al Rey Hirodes, que se hallaba en

la Armenia, la cabeza y la mano de Craso; y haciendo correr en Seleucia la voz por medio de mensajeros de que conducia vivo á Craso, dispuso una pompa ridícula, á la que dió el nombre de triunfo. Porque al mas parecido á Craso de los cautivos, que era Gayo Paciano, le hizo vestir como aquellos bárbaros, y habiendo ensayado el que respondiese cuando le llamaran Craso ó Emperador; de este modo le llevaban á caballo, precediéndole trompeteros y lictores montados en camellos. De las varas pendian ceñidores, y entre las hachas se veian cabezas de Romanos recién cortadas. Seguian despues rameras Seleucienses entonando canciones insultantes y ridiculas contra la cobardía y afeminacion de Craso, y de este espectáculo gozaron todos. Mas reuniendo el Senado de los Seleucienses, les presentó los libros obscenos de Aristides llamados Milesiacos; y esto ya no fue inventado, porque se encontraron realmente en el equipage de Roscio, y dieron ocasion á Surena para motejar é infamar á los Romanos de que ni en la guerra podian estar sin entretenerse con tales objetos y tal leyenda. Mas el concepto que los Seleucienses formaron fue que Esopo habia sido un sabio: viendo que Surena presentaba por delante el cabo de alforja en que se contenian las disoluciones Milesiacas, cuando en pos de sí traia una Sibaris Partica en tanto número de concubinas como las que conducia en sus carros; siendo su ejército al parecer como las víboras y las escítalas, porque las partes anteriores y que primero aparecian eran feroces y terribles, estando cercadas de lanzas, de arcos y de caballos; y luego la cola remataba en rameras, en crotalos, en cantos y en nocturnas disoluciones con infames mugercillas. No merecia ciertamente disculpa Roscio; pero no estaba bien á los Partos vituperar en los Romanos la pasion por los libros Milesiacos, cuando muchos de los Arsácidas que reinaban sobre

ellos, habian sido descendientes de rameras de la Jonia y de Mileto.

Entre tanto que esto pasaba, Hirodes habia ya hecho la paz con el Rey de Armenia Artavasdes, y habia convenido en tomar la hermana de este para muger de su hijo Pacoro. Con este motivo eran frecuentes los recíprocos banquetes y festines de uno á otro, y se entretenian con las representaciones teatrales de la Grecia; porque Hirodes no ignoraba ni la lengua ni las letras griegas: y Artavasdes componia tragedias, y habia escrito oraciones é historias, de las cuales algunas todavía se conservan. Cuando la cabeza de Craso fue conducida á las puertas del palacio, no se habian levantado las mesas, y un representante de tragedias, llamado Jason, natural de Trallis, estaba cantando el pasage de Agave de la tragedia de Eurípides *las Bacantes*. En medio de los aplausos que se le daban, se presentó Silaces ante el Rey, y adorándole, arrojó en medio la cabeza de Craso. Grande fue con esto la algazara de los Partos, su alegría y su júbilo; y habiendo hecho los sirvientes tomar asiento á Silaces de orden del Rey, Jason dió las ropas y ornato de Penteo á uno de los del coro, y romando él la cabeza de Craso en la mano, se puso á hacer el bacante, y recitó con entusiasmo y con canto aquellos versos:

Del monte á nuestro techo un otero en caza

Esta dichosa caza

Traemos ahora mismo

De flecha traspasada.

Esto fue de diversion para todos; pero cantándose en seguida los otros versos alternados con el coro:

¿Quién le tiró primero?

Mio, mio es el premio: I entonces levantándose Pomaxitres, que tambien asistia á la cena, echó mano á la cabeza, diciendo que aquello mas le tocaba á él que al actor; lo que ca-

yó muy en gracia al Rey; y habiéndole remunerado segun la costumbre patria, dió á Jason un talento. Esté término se dice haber tenido la expedicion de Craso, acabando verdaderamente como una tragedia. Hirodes y Surena experimentaron al fin castigos dignos, el uno de su crueldad y el otro de su perjurio: porque á Surena de allí á poco le quitó la vida Hirodes envidioso de su gloria; y á este despues de haber perdido á Pacoro, muerto en una batalla en que fue vencido de los Romanos, en ocasion de hallarse doliente de una enfermedad que declinaba en hidropesía, su otro hijo Fraates, atentando contra su vida, le dió acónito; mas como la enfermedad recibiese bien el veneno, de manera que con él terminó, habiéndose quedado Hirodes enteramente enjuto, tomó aquel el camino mas corto, y entrando en su cuarto, le ahogó.